

# Etnografía al desnudo. El proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio: 15 años de aprendizaje

Jorge Antonio Reyes Valdez\*

**M**antener una relación durante 15 años con el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio ha implicado, como en toda relación, dar, recibir, ilusionarse, desilusionarse, pero sobre todo un gran aprendizaje. Y si bien en los últimos años nuestra relación se ha afianzado –creo que estamos sentando cabeza–, pues tenemos estabilidad presupuestal y nos hemos ganado un lugar en el ámbito de otras relaciones académicas, no podemos olvidar ni dejar de celebrar lo que esto ha costado. Muchos de sus actuales integrantes hemos trabajado en este proyecto desde sus inicios y fue en éste donde nos formamos como investigadores. En esa medida, ha conseguido incorporarnos con éxito y de manera paulatina a una “comunidad de práctica” mediante un proceso que algunos sociólogos denominan como *legitimate peripheral participation*: los aprendices seguimos a los maestros y éstos proporcionan circunstancias para una construcción activa de nuestro propio conocimiento. En ese sentido, poco o nada nos distingue de un herrero, un chofer, un corredor de bolsa o, para estar más a tono, de un chamán.

Como en cualquiera de estas profesiones, nuestra comunidad de práctica se funda en conocimientos y experiencias de diversa naturaleza, incluso en algunos que no parecerían estar directamente relacionados con los resultados principales de nuestros trabajos. Por ejemplo, ¿qué sería de un sastre que con sus mejores cortes fuera incapaz de mantener una buena relación con sus clientes, sus proveedores u otros colegas? En ese orden de ideas, nuestro aprendizaje de cuanto se encuentra tras la publicación de un ensayo se ha nutrido tanto de experiencias meramente académicas como de otras quizá “no tanto”. En cualquiera de los dos casos, uno de los primeros “productos paralelos” del proyecto, y que fue clave en la formación de los “jóvenes investigadores” fue la conformación de *comunitas*, aunque éstas no sólo se crearon entre los asistentes de investigación, pues en cierta manera todos éramos novicios; muchos de los coordinadores nacionales y regionales también vivieron su primera gran experiencia de investigación y aprendieron sobre la marcha acerca del trabajo en equipo, a coordinar, a coordinarse, a limar viejas asperezas y a construir una nueva relación en beneficio del colectivo.

En nuestra *comunitas*, “los contratados” –como también se nos conocía– gozamos del beneficio de convivir y compartir experiencias con integrantes de diferentes proyectos regionales. En ese tiempo manteníamos una “red social” de corte *pre-facebookiano* mediante la cual intercambiábamos información, bibliografía, equipo –cámaras fotográficas, escáner, *software*–, pero también nos brindamos apoyo –a veces más como un grupo de AA– sobre los efectos estresantes del “síndrome de abstinencia” por falta de pago cada vez que se atrasaban, en ocasiones por más de un trimestre. Nuestra *comunitas* tuvo intentos de formalizarse en más de una ocasión. Por ejemplo, entre

\* Centro INAH Durango (odam\_areyes@yahoo.com.mx).



En la cima del universo, totonacos, Cuetzalan, octubre de 2008 Fotografía © Marco Antonio Pacheco

1999 y 2000 muchos pensamos que debíamos demandar al INAH nuestros pagos por la vía legal, y buscamos colectivamente asesoría profesional. Como parte de nuestro aprendizaje, supimos que, de interponer un recurso jurídico en contra de la institución, automáticamente ésta dejaría de pagarnos hasta que la situación legal se resolviera. En algún momento incluso nos buscamos un nombre. Maricarmen Castillo, *Pame*, sugirió la autodenominación –“endoetnónimo”, dirían algunos– de “borregos profanos”, en busca de distinguirnos de las “vacas sagradas” y del “consejo de ancianos”.

Allende las oficinas y las salas de seminario, el aprendizaje de “los borregos” se extendió también a las cantinas, donde muchas de las discusiones se prolongaron, a veces con un muy buen nivel de intercambio de ideas y otras... otras no. Y ni qué decir de las largas noches entre los días consecutivos de las reuniones nacionales: muchos aprendimos allí el difícil arte de mantenernos despiertos sin menoscabo de nuestras ponencias y participaciones. Por fortuna, en este campo también tuvimos buenos maestros, siempre dispuestos a compartir experiencias y a solidarizarse.

Mi aprendizaje en el proyecto comenzó incluso antes de su formalización institucional. En 1998, en los pasillos de la ENAH, donde algunos estudiábamos la licenciatura, durante varios meses circularon rumores sobre la instauración de un proyecto de gran magnitud al que todos conocíamos como “el proyecto del atlas etnográfico”. La expectativa acerca de los posibles participantes rondaba no sólo entre los estudiantes que estábamos interesados en integrarnos, sino también en los potenciales coordinadores regionales. Una vez que comenzamos a trabajar, en 1999, vino uno de los primeros grandes aprendizajes: poner de acuerdo al colectivo. En ese tiempo vivimos discusiones muy intensas durante los seminarios. Qué difícil fue acordar algo que parecía elemental para la antropología social: qué entender por “organización social”. Porque no sólo se enfrentaban ideas, conceptos y posiciones académicas, sino también personas y personalidades concretas. Hubo discusiones –algunas hoy casi legendarias– entre viejos conocidos y no pocas veces las pasiones se desbordaron. Para los aprendices, la lección consistía en distinguir los argumentos académicos, independientemente de cómo nos cayeran los sustentantes. Pero más allá de las primeras impresiones que tuve sobre el particular en aquellos años –a veces no daba crédito–, hoy en día comprendo lo difícil que es no hacer personal un trabajo en el cual ponemos tanto empeño e invertimos tantas emociones.

Uno de los mayores aciertos del proyecto –del cual muchos nos beneficiamos– fue plantearse como prioritaria la formación de recursos humanos –un aspecto que hoy en día no tiene tanto peso–. Sobre el particular, tuvimos una colaboración horizontal en que los aprendices fuimos integrados en un ambiente que nos hacía sentir entre iguales. Y no es que no hubiera jerarquías, pues sería un error no reconocer que hay diferentes grados de responsabilidad, así como diferentes niveles de experiencia entre los integrantes. No obstante, siempre se nos hizo sentir como “un miembro más” del gran grupo, no sólo de nuestros equipos regionales, sino también de un gran equipo nacional, y nuestras opiniones e inquietudes siempre fueron escuchadas entre pares, lo cual nos permitió desarrollarnos con un sentimiento de seguridad al discutir ideas. Tuvimos intercambios con un gran número de académicos de dentro y fuera del proyecto, del INAH y de otras instituciones nacionales y extranjeras. Este aspecto de nuestra formación como investigadores fue más que envidiable, y no pasó mucho tiempo para que la sala de seminarios estuviera abarrotada de estudiantes de la UNAM o alguna otra institución.

En las presentes líneas está de más pretender hacer un recuento exhaustivo de lo que uno aprende trabajando en un proyecto como éste, de cuanto está detrás de la publicación de un ensayo o de un libro, que también incluyen, por cierto, un montón de aspectos administrativos que hay que aprender y dominar –mi reconocimiento para quienes se encargan de eso–. De manera muy personal, en estos años tuve la oportunidad de aprender desde distintas posiciones, incluso desde la del desempleo. Inicié en el Proyecto Regional Durango “original”, disuelto al poco tiempo; tuve una breve estancia en la Coordinación Nacional de Antropología y finalmente fui contratado por el Proyecto Regional Gran Nayar. Después de cumplido un ciclo –en 2002, me parece–, nuestro coordinador y querido maestro Jesús Jáuregui me informó que mi contrato no sería renovado. Tras superar la decepción, comprendí que había llegado el momento de mirar hacia otro lado, y fue así como más tarde me reincorporé al proyecto –ahora como coordinador– y traje conmigo los aprendizajes ganados en otros espacios académicos.

Así, mi relación actual con el proyecto se ha vuelto no menos que incestuosa, como “hijo del proyecto”: me parece que empiezo a padecer el complejo de Edipo. El reto ahora será no matar al padre –o a la madre– y mantenerlo vivo de la manera más digna posible, honrando lo que hasta ahora nos ha dado y nos ha costado.